

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 247

Sin el perdón aún seguiría ciego.

Comentario de Sarah:

La lección de hoy trata sobre reconocer que si vemos pecado en alguien, sufrimos. Jesús nos dice: **“El pecado es demencia. Es lo que hace que la mente pierda su cordura y trate de que las ilusiones ocupen el lugar de la verdad.”** (L.PII.P4.1.1-2) La creencia en el pecado es lo que nos ha llevado al mundo, y en este mundo de ilusión, experimentamos sufrimiento hasta que aceptamos la Expiación, es decir, aceptamos lo que somos. Proyectamos el pecado en la mente debido a la separación y lo vemos en otros y lo atacamos allí. Cuando atacamos a alguien, nos excluimos del reino y ahora no somos conscientes del amor que somos. Lo bloqueamos de la conciencia con nuestros ataques, y así permanecemos ciegos a la visión de Cristo, que sólo ve y conoce la inocencia.

Hoy es un día para vigilar nuestros pensamientos como lo es nuestra práctica todos los días. Si nos tomamos en serio el deseo de despertar de este sueño, no podemos albergar pensamientos de juicio, comparación, desaprobación, ira o especialismo. Esos pensamientos surgirán, pero debemos estar dispuestos a descartarlos. Cuando reconocemos que somos responsables de nuestros pensamientos y que sólo ellos son la causa de todo el sufrimiento, los dejamos ir voluntariamente. Cualquier sentimiento de indignidad, tristeza, miedo, preocupación y auto-juicio son todos pensamientos de auto-ataque. No importa si dirijo estos pensamientos y sentimientos hacia otros o hacia mí mismo. Son lo mismo. Si realmente quiero corregir estos pensamientos y sentimientos, primero debo reconocerlos.

Toda la corrección y toda la curación se realizan a nivel del pensamiento porque es ahí donde surge el problema, en la mente. Las defensas son las que nos impiden mirar lo que estamos pensando y sintiendo. ¿Qué estamos defendiendo sino el autoconcepto con el que nos identificamos en el sueño? El autoconcepto es la imagen de mí mismo que mantengo como verdadera. Cuando estoy dispuesto a mirar mis pensamientos egoicos, que son la causa de todos mis apegos y de todo mi sufrimiento, asumo la responsabilidad por ellos y ahora pueden ser sanados. Jesús nos ayuda a ver que no son más que ideas erróneas sobre nosotros mismos y los demás. Nos da una nueva interpretación, recordándonos que nuestras interpretaciones son siempre erróneas. Los pensamientos que abrigamos no definen lo que somos. Al contrario, nos alejan de la verdad. Nos mantienen ciegos. **“Sin el perdón aún estaría ciego.”** (L.247)

Jesús nos dice **“No te engañes por más tiempo pensando que eres impotente ante lo que se te hace. Reconoce únicamente que estabas equivocado, y todos los efectos de tus errores desaparecerán.”** (T.21.II.2.6-7) (ACIM OE T.21.III.16) Creemos que las personas y los acontecimientos ajenos a nosotros nos "causan" los pensamientos y

sentimientos que tenemos. Nos eximimos de responsabilidad, creyendo que estamos a merced del mundo, pero Jesús nos ayuda a reconocer que somos responsables de lo que pensamos y sentimos. Pensamos que toda persona cuerda reaccionaría exactamente igual que nosotros ante determinadas situaciones. Justificamos nuestras perspectivas y nuestras posturas y racionalizamos la forma en que nos sentimos ante lo que parece ocurrir y qué o quién nos ha molestado. Sin embargo, Jesús es muy claro: **“Es imposible que él mismo no haya elegido las cosas que le suceden. Su poder de decisión es lo que determina cada situación en la que parece encontrarse, ya sea por casualidad o por coincidencia.”** (T.21.II.3.2-3) (ACIM OE T.21.III.17) En otras palabras, lo que estamos experimentando en este momento, lo hemos elegido y lo recibimos tal como lo hemos pedido. La belleza de aceptar este hecho como verdadero es que afirma el poder que tenemos dentro de nosotros para hacer otra elección.

No hay casualidad ni accidentes en lo que parece que nos está sucediendo. Todo lo que experimentamos está ya en el guión de nuestras vidas. Todo está perfectamente orquestado como un aula de aprendizaje para nuestra sanación. Cuando aceptamos esto, dejamos de sufrir. No sabemos lo que más nos conviene. Cuando miramos en retrospectiva nuestras vidas, podemos ver la perfección de nuestro viaje para llevarnos a este lugar donde hemos dicho "sí" a la sanación de nuestras mentes y donde hemos dicho "sí" al Espíritu Santo. Todo es bastante perfecto, aunque el ego no suele verlo así. El ego tiene miedo, pero lo que teme es música para el Espíritu porque es una señal de esperanza de que estamos en el camino de la paz. Si queremos liberarnos de los pensamientos que no perdonan, debemos vigilar nuestra mente constantemente en busca de estos pensamientos. **“Y ni las coincidencias ni las casualidades son posibles en el universo tal como Dios lo creó, fuera del cual no existe nada. Si sufres es porque decidiste que tu meta era el pecado.”** (T.21.II.3.4-5) (ACIM OE T.21.III.17)

Experimentamos dolor porque abrigamos la idea de que merecemos un castigo por haber pecado contra Dios y haber destruido la Unidad. La Unidad ahora parece estar fuera de nuestro alcance. En su lugar, vemos miles de millones de formas separadas en este mundo. Debido a nuestra creencia en el pecado, hemos fabricado un mundo de formas en el que podemos escondernos del castigo que creemos que nos viene de Dios. La buena noticia que trae Jesús es que el amor es lo que somos y sólo está bloqueado por nuestras creencias. Con la voluntad de liberar a nuestros hermanos de nuestra creencia de que son la fuente de nuestro dolor nos liberamos a nosotros mismos. Como nos recuerda Jesús: **“Soy responsable de lo que veo. Elijo los sentimientos que experimento y decido el objetivo que quiero alcanzar. Y todo lo que parece sucederme yo mismo lo he pedido, y se me concede tal como lo pedí.”** (T.21.II.2.3-5) (ACIM OE T.21.III.15)

Este es un pensamiento muy poderoso, aunque no del todo cómodo para nosotros. En realidad, preferimos pensar que somos víctimas de circunstancias con las que no tenemos nada que ver. Nos decimos a nosotros mismos que no sabíamos lo que hacíamos, o que no éramos conscientes de cómo podía ocurrir. Nos decimos que no queríamos hacer daño a nadie. Sin embargo, estas excusas nos impiden sanar la mente. Como dice Jesús, en realidad estamos eligiendo no ser conscientes. Todo lo que parece sucedernos, lo hemos pedido. ¿Por qué íbamos a decidir en contra de nuestra propia felicidad? Jesús reconoce que nadie haría tal cosa a menos que no vea lo que hace, y así es como nos mantenemos ciegos. Sin embargo, cuando

nos quitamos los anteojos por medio del perdón, experimentamos un mundo hermoso, que brilla con belleza.

“¡Pensad en la hermosura que veréis, vosotros que camináis a Su lado! ¡Y pensad cuán bello os parecerá el otro! ¡Cuán felices os sentiréis de estar juntos después de una jornada tan larga y solitaria en la que caminabais por separado! Las puertas del Cielo, francas ya para vosotros, las abriréis ahora para los que aún sufren. Y nadie que mire al Cristo en vosotros dejará de regocijarse. ¡Qué bello es el panorama que visteis más allá del velo y que ahora llevaréis para iluminar los cansados ojos de aquellos que todavía están tan extenuados como una vez lo estuvisteis vosotros! ¡Cuán agradecidos estarán de veros llegar y ofrecer el perdón de Cristo para desvanecer así la fe que ellos aún tienen en el pecado!”
(T.22.IV.4.1-7) (ACIM OE T.22.V.41)

Un Curso de Milagros se centra únicamente en el contenido de nuestra mente, no en la forma o el comportamiento. Este contenido es del ego (pecado y culpa) o del Espíritu Santo (amor). Que estemos en un monasterio o en una oficina corporativa, no hace ninguna diferencia. Lo que sí marca la diferencia es si vemos nuestros intereses como diferentes o iguales a los de los demás. Jesús nos anima a ver las circunstancias y los entornos de nuestra vida como un salón de clases en el que seguimos aprendiendo el plan de estudios del ego, que se basa en la separación, o elegimos el plan de estudios del Espíritu Santo, que se basa en deshacer la separación. Nos enseña a pensar siempre en términos de propósito. ¿Estamos utilizando el mundo y nuestras relaciones para reforzar nuestra creencia en la separación o para deshacerla? Así, el mundo y el cuerpo no son el problema. La forma en que los utilizamos es el desafío y siempre se trata de la elección que hacemos en la mente: si nos dejamos enseñar por el ego o por Jesús. Lo que más ayudaría en cualquier situación es pedir ayuda para deshacer el especialismo que suele haber en nuestras decisiones. Esto contribuiría en gran medida a eliminar las dudas y los conflictos que experimentamos. El currículo del ego y el ponerse del lado del ego nos mantiene ciegos.

Recuperamos la vista perdonando a nuestros hermanos y viendo a Cristo en ellos. Si seguimos proyectando la culpa, nos mantenemos ciegos. El perdón es la única respuesta. A través del perdón, vemos a nuestros hermanos con la visión de Cristo. Vemos la belleza de nuestros hermanos cuando los perdonamos y cuando lo hacemos, ya no estamos ciegos. Hay una sensación de encuentro gozoso en las líneas: **“Ven hermano, déjame contemplarte. Tu hermosura es el reflejo de la mía. Tu impecabilidad, la mía propia. Has sido perdonado, y yo junto contigo.”** (L.247.1.5-8) La alegría proviene de nuestro afán por conocer la verdad de nuestro hermano, por honrarlo y por ver a todos como amigos.

Llevemos este propósito a todos nuestros encuentros de hoy. Esta no es una Lección para unos pocos elegidos. Debe aplicarse a todos, sin excepciones. No hay "otros". Todos son yo. Yo soy mi hermano. Todos los que encuentro me dan otra oportunidad de perdonar, de verlos con ternura y de conocerlos íntimamente como mi Ser. Sus almas brillan más allá de sus errores cuando podemos salir del sueño y ver con los ojos de Cristo.

Nuestra oración hoy es elegir ver con los ojos de Cristo, en lugar de los nuestros, para poder mirar a todos con amor. Nos comprometemos a despertar de este sueño para poder reconocer a nuestro hermano como Uno con nosotros. Hoy no hacemos excepciones, estando dispuestos

a aplicar este pensamiento a todas las personas con las que nos encontremos o en las que pensemos. Al honrar a nuestro hermano, honramos a Dios. **“Hoy Te honro a través de ellos [mis hermanos], y así espero en este día poder reconocer mi Ser.”** (L.247.2.4) Optamos por recordar que, si nos tomamos en serio el despertar, no podemos crucificar al Hijo de Dios, pero cuando atacemos o juzguemos a alguien, podemos elegir la Corrección que nos ofrece el Espíritu Santo. No somos responsables del error, sólo de la Corrección.

Amor y bendiciones, Sarah

huemmert@shaw.ca